

nes y el dinero que tenia en caja. Indemnizó á los ciudadanos de las pérdidas sufridas y de las contribuciones que se les habian exigido: reintegra á todos, y desde allí va á Cádiz y vuelve á ver aquella estatua al pié de la cual, quince años antes lloraba porque teniendo la edad en que Alejandro habia conquistado el mundo, no habia hecho todavía nada. Terminada la guerra de España, César se embarcó en Cádiz en las naves de Varon, llegó por mar á Tarragona, encontró en esta ciudad los diputados de algunas ciudades españolas, les concedió todo cuanto pidieron, á algunos mas de lo que solicitaron, y por tierra marchó á Narbona y de allí á Marsella.

En aquel puerto recibe la noticia de que durante su ausencia y á propuesta de Lépido, ha sido nombrado dictador.

XXXIV

Volveremos á encontrar á Lépido. Es el mismo que mas tarde formó parte del triunvirato con Antonio y Octavio.

Entretanto el hambre y la peste diezaban la poblacion de Marsella; no se comia en aquella ciudad sino cebada averiada y maíz rancio. Una de las torres habia caido y un lienzo de muralla estaba ruinoso, y parecia abrir brecha. Domicio comprendió que si no abandonaba á Marsella, la poblacion se le mostraria hostil. Aprestó tres buques, zarpó con un tiempo malo, sacrificó dos de los buques que tenia y pasó con el tercero por medio de la escuadra de Décimo Bruto.

Marsella entonces se rindió á discrecion. Sabian los marsellese por las noticias que tenian

de la guerra de España, de qué modo debían proceder con César.

Este les hizo entregar las armas, las naves, las máquinas, el dinero del tesoro y perdonó á la población por la memoria de la antigua Focea. Después partió para Roma. Ya era tiempo que llegara.

Los tenientes de César se parecían á los que tuvo después Napoleón, en que se hacían derrotar todas las ocasiones que no estaba su general en jefe.

Curion habia pasado de Sicilia á Africa, dejando dos legiones en Sicilia, llevándose quinientos caballos y otras dos legiones.

Quintilio Varon, que mandaba en Africa á nombre de Pompeyo, habia hecho alianza con él Númerio Yuba; este odiaba á Curion por dos razones: la primera porque su padre habia sido aliado en otro tiempo con el padre de Pompeyo; la otra porque durante su tribunate, Curion le habia confiscado su reino.

Principió Curion por derrotar á Varon y á Domicio que habia venido á reunirse con él.

Pero Yuba habiendo reunido sus Númeridas con las fuerzas pompeyanas, Curion fué envuelto y derrotado.

En medio de la pelea, Domicio que era su amigo, llegó hasta él y le invitó á que se salvara con algunos hombres que le quedaban, prometiéndole que le protegería en su fuga.

Pero Curion le respondió:

—¿Con qué cara me he de presentar á César después de haber huido?

Al decir esto se precipitó en lo mas encarnizado del combate, en donde halló la muerte.

Curion que pasaba por ser muy mal pagador, pagó escrupulosamente la deuda que habia contraído con César.

Por su parte Antonio, que se habia quedado en Roma no habia aumentado la popularidad de su patrono. Habia pasado el tiempo en orgías, “haciéndose insoportable, dice Plutarco, á los ciudadanos por causa de su indolencia y pereza, no manifestándose pesados de las injusticias con que se vejaba al pueblo, tratando sin consideracion y con mal modo, á los que iban á quejarse; en fin, seduciendo á mujeres de condicion libre.”

A su regreso á Roma, César recibió grandes quejas contra su lugarteniente; pero se hizo cargo de que en tiempo de guerra es preciso conceder algunas licencias á sus amigos. Escuchó las quejas, pero no las remedió y sostuvo á Antonio en el puesto que ocupaba.

Al pasar por Placencia habia hecho una ejecucion que le habia sido en extremo penosa. Una de sus legiones se habia rebelado, reclamando cinco minas que César le habia prometido en Brindis. Los rebel-

des creían á César todavía en Marsella, quizá aun en España, y amenazaban á sus liectores, cuando de repente apareció César en medio de ellos.

—Soldados, les dijo, os quejais de la duracion de la guerra. Creo que en todo caso no es culpa mia, sino de los enemigos, que huyen delante de nosotros. Estando en las Galias os enriqueicisteis bajo mi mando. Un dia se trató de emprender ó no esta guerra; todos de comun acuerdo os pronunciásteis por la afirmativa, y ahora que estoy empeñado en ella hablais de abandonarme! Puesto que así os portais, en vez de ser como antes clemente y liberal, seré terrible. ¿No quereis á César? Pues tendreis á Petreyo. ¡La novena legion, causa de esta revuelta, será diezmada!

Apenas los soldados hubieron oido aquellas firmes palabras de su gefe, se pusieron á gemir y suplicar; los pretores por su parte cayeron de rodillas implorando á César con las manos juntas.

El los oyó un momento y reflexionó.

—Está bien, dijo; escoged ciento veinte hombres; yo no conozco á los culpables y vosotros sí.

Al poco rato salieron ciento veinte hombres de las filas.

César los hizo colocar en una sola hilera; despues, llamando al preter:

—Contad doce veces hasta diez, dijo, y que cada décimo hombre salga al frente.

Doce hombres salieron.

—Haced ejecutar esos doce hombres, dijo César.

Uno de ellos alzó la voz.

—Me importa poco morir, dijo, pero no soy culpable.

—Cómo es eso?

—Preguntad á mis compañeros.

—Es verdad que no es culpable? preguntó César.

—Es verdad, contestaron aquellos á una voz.

—¿Y cómo es que te hallas entre los designados á morir?

—Un enemigo me ha denunciado falsamente.

—Quién es ese enemigo?

El condenado lo nombró.

—Es verdad eso? preguntó César.

—Es verdad, contestaron los otros once condenados.

—Entonces, sal de la fila, dijo César, y que ocupe tu lugar el que te denunció.

Aquella orden se cumplió en seguida y los doce rebeldes fueron ejecutados.

Indulgente con sus enemigos, que necesitaba conquistar, César creyó deber ser severo con los suyos, que necesitaba guardar.

De vuelta á Roma recibió del Senado la confirmacion de su título de dictador.

Su primer cuidado fué llamar á los desterrados.

Todos los que quedaban aún del tiempo de Sila volvieron á Roma. Los hijos de los que habian muerto en el destierro fueron puestos en posesion de los bienes paternos.

Despues César se halló en frente del terrible monstruo de las guerras civiles: la abolicion de las deudas.

Los deudores pedian á gritos las *tabulae novae*, esto es, la bancarota. Aquella peticion era causa de que no hubiera dinero ni crédito en la plaza. El numerario, al cual no se puede desterrar, se destierra él mismo, y es un proscrito que no vuelve fácilmente.

César hizo un arreglo de cuentas, de prisa y corriendo, que vino á equivaler á una pequeña quiebra de veinticinco por ciento; esto es, autorizó á los deudores á ceder sus bienes al precio que tenian antes de la guerra, descontando del capital los intereses pagados.

Por lo que hace á la dictadura, solo la conservó once dias; se hizo nombrar cónsul con Servilio Isáurico, que á su modo de ver acababa de darle un buen consejo, y dirigió sus miradas hácia el Oriente.

XXXV

El consejo que acababa de dar Isáurico á César era que marchase en seguida contra Pompeyo.

Pison por el contrario, daba á su yerno el consejo opuesto; queria que enviase embajadores á su enemigo y que tratase aún otra vez de conseguir un arreglo.

En efecto, para un hombre que no tuviese fé en su genio, como César, el consejo era prudente.

Todo el tiempo que él habia estado ocupado en dominar la España, someter á Marsella, aplacar sediciones, tranquilizar á Roma y arreglar las cuentas de los deudores y los acreedores, Pompeyo lo habia empleado en reunir un ejército gigantesco.

¶ Caton y Ciceron habian ido á reunirse con él.

Hasta el mismo Marco Bruto, cuyo padre habia matado de un modo tan bárbaro,—hemos referido ese suceso al hablar de las guerras civiles de Sila,—habia ido á reunirse tambien con él, sacrificando su resentimiento en aras de la patria.

Estraña ceguedad de los hombres, sin embargo inteligentes, que llamaban *la patria* á Pompeyo!—Eso prueba que habia entonces en Roma dos patrias: la del pueblo y la de la aristocracia.

Ahora digamos en algunas palabras, de qué fuerza disponia Pompeyo, teniendo en cuenta que habia podido disponer de un año entero para prepararse para la guerra.

Tenia una escuadra inmensa que habia sacado de las Cícladas, Corfú, Atenas, el Ponto, la Bitinia, la Siria, la Cilicia, la Fenicia y el Egipto; quinientos buques de guerra, sin contar los bergantines y otras embarcaciones mas chicas.

Contaba con diez legiones romanas, á saber: las cinco que habia llevado á Dirraquium desde Italia, una antigua de Sicilia que se llamaba la Gemela porque estaba compuesta de dos, otra de Candia y Macedonia formada con los veteranos que se habian establecido en Grecia, y otras dos, en fin, organizadas en Asia por Léntulo. Para llenar las bajas naturales se habian hecho reclutamientos en Tesalia y en Beocia, en la Acaya y en el Epiro.

Ademas, esperaba otras dos legiones que Escipion debia llevarle de Siria, con tres mil arqueros candiotas y dos cohortes de honderos, de seiscientos hombres cada una.

Tenia catorce mil hombres de caballería, de ellos siete mil que pertenecian á la flor de los caballeros romanos y los otros siete mil llevados por los aliados, como sigue: quinientos procedentes de Capadocia, mandados por Ariobárzano; quinientos de Tracia, mandados por Safalo: hijo del rey Cotys; seiscientos de Galacia, mandados por el viejo Deyotaro, á quien Craso habia hallado edificando una ciudad, y trescientos mas á las órdenes de Castor y el hijo de Donilas; doscientos de Macedonia, mandados por Rascipolis; quinientos galos y germanos dejados por Gabinio como guardia al rey Ptolomeo Auletes y llevados por el jóven Pompeyo; ochocientos que este mismo habia levantado con su dinero en las haciendas de su padre y las suyas propias; doscientos de la Comagene, la mayor parte arqueros, enviados por Antioco; el resto, en fin, compuestos de voluntarios ó asalariados de diversos países y particularmente de Tracia, Tesalia y Macedonia.

Por lo que hace á dinero no carecia en manera alguna de él; contaba con las cajas de los publicanos de Roma y con los tesoros de los sátrapas de Oriente.

El Oriente era el feudo del vencedor de Mitrídates. Reyes y pueblos eran clientes de Pompeyo.

La Grecia hizo por él su último esfuerzo. Temía á César y á su ejército de bárbaros; sobre todo á aquellos galos cuyos antepasados habian ido á sitiar el templo de Delfos.

Respecto á víveres tenia cuanto queria; sus graneros eran el Asia, el Egipto, la Tesalia, Candia y Cirene.

Era dueño absoluto del mar con la inmensa escuadra de que disponia y la cual tenia repartida en seis divisiones.

El jóven Pompeyo mandaba la de Egipto; Lelio y Triasio la de Asia; Casio la de Siria; Marcelo y Pomponio la de Rodas; Libon y Octavio las de Iliria y Acaya.

Bíbulo, el inepto pero valiente Bíbulo, yerno de Caton, tenia el mando en gefe de ella.

Verdad es que todas aquellas fuerzas, compuestas de elementos tan diversos, tenian gran necesidad de disciplina; pero ya hemos dicho que para llegar á aquel resultado Pompeyo habia podido disponer de un año entero.

Durante aquel año habia ejercitado sin descanso sus tropas, y él mismo, siempre activo como si no tuviera mas que veinte y cinco años—contaba en-

tonces cincuenta y ocho—hacia el ejercicio al par de sus soldados.

Para estos era un gran estímulo el ver á aquella edad á su antiguo general acompañándoles á pié completamente armado; despues, montando á caballo, sacando y envainando la espada mientras su corcel corria á toda brida, lanzar la javalina, no solo con destreza, sino todavía con fuerza, y á tal distancia, que los jóvenes trataban en vano hacer lo que él.

Y nótese que todo eso pasaba en presencia de cuatro ó cinco reyes de Oriente y de los hombres de mas fama de Occidente, á saber: los Caton, los Ciceron, los Marco Bruto y hasta el viejo Tedio Sexto, que á pesar de ser sexagenario y cojo habia abandonado á Roma, para ir, segun decia, á encontrarla en el campo de Pompeyo.

Este por su parte estaba persuadido tambien de que Roma estaba con él.

Pero en lo que confiaba sobre todo era en no ser atacado hasta la primavera.—Entonces se estaba en el mes de Noviembre.

Pensó que podia tomar cuarteles de invierno y hacerlos tomar á sus soldados.

Con tal motivo reunió á los senadores y caballeros.

—Señores y ciudadanos, les dijo, la historia nos enseña que los atenienses abandonaron en un tiem-

po sus hogares para resistir con mas ventaja al enemigo y defender mejor la libertad, pues Temístocles creía que las murallas y las casas no constituyen para un pueblo, lo que se llama la CIUDAD. Bien pronto, en efecto, vencido Jerjes é inmortalizada Salamina, los atenienses volvieron á Atenas y la reedificaron mas bella y mas gloriosa que lo habia sido nunca. Nosotros los romanos hicimos lo mismo cuando los galos invadieron la Italia; nuestros padres abandonaron la ciudad, se retiraron á Ardea y Camilo y ellos pensaron como Temístocles que la PATRIA se hallaba donde estaban ellos. Recordando esos dos grandes acontecimientos, y aconsejados por la esperiencia, hemos abandonado á nuestra vez la Italia para venir al sitio en que nos encontramos. Pero tambien nosotros, en nombre de la patria, espulsaremos á César de Roma. Y es preciso espulsarlo, persuadios de ello, pues, ¿qué creéis que haga si llega á vencer? ¿Pensais que el que toma las armas contra su patria escusará ninguna crueldad, ninguna violencia? ¿Qué el hombre á quien su rapacidad, su avaricia, su amor al dinero, han hecho execrar en las Galias tendrá el menor escrúpulo en vaciar los bolsillos de los ciudadanos, del propio modo que ha vaciado el tesoro público? Yo por mí solo deseo que me marqueis un puesto en esta gran crisis; combatiré en el que me designeis, bien como solda-

do, ó bien como capitán, si me concedéis alguna esperiencia en las cosas de la guerra, algun valor personal y algun conocimiento de la táctica militar, recordando de paso que jamas he sido vencido. Lo único que le pido á los dioses es contribuir de un modo cualquiera á la venganza de la patria.

Terminadas aquellas palabras, Pompeyo calló y todos á una voz lo proclamaron imperátor, nombrándolo gefe supremo.

Entonces les dió las graeias, y les dijo que segun todas las probabilidades, detenido César por el mal tiempo y lo embravecido del mar, no emprenderia en todo el invierno el pasar á Iliria, permaneciendo en Roma para hacer confirmar su dictadura.

Por lo tanto, al paso que ordenaba á sus oficiales que estuviesen sin embargo vigilantes, mandó á sus soldados á invernar en Macedonia y en Tesalia.

Pero, al mismo tiempo que Pompeyo dirigia aquel discurso á su ejército y á sus partidarios, César, despues de detenerse once dias nada mas en Roma, habia llegado á Bríndis, casi solo, sin material de guerra y sin víveres, y reuniendo una veintena de mil hombres, les decia:

—Camaradas, habeis venido conmigo para hacer grandes cosas, ¿no es verdad? Pues bien, para los que han adoptado firmemente semejante resolucion no hay invierno ni tempestades. A esos nada debe

detenerlos; ni la carencia de víveres, ni la falta de máquinas, ni el retraso de los compañeros. Nada, pues, debe impedirnos proseguir nuestra guerra y la única cosa indispensable al triunfo es la celeridad. Opino por lo tanto que dejemos aquí nuestros sirvientes y nuestros bagajes, que nos metamos en los primeros buques que hallemos á mano, siempre que sean bastante capaces para llevarnos á todos los que aquí estamos, y que aprovechemos el invierno que tranquiliza á nuestros enemigos para caer sobre ellos cuando menos nos esperan.

Por lo que hace al corto número, el valor lo suplirá. Queda la cuestión de los víveres. Pero el campamento de Pompeyo nada en la abundancia: espulsemoslo de él y no careceremos de nada; el mundo será nuestro. Recordad que somos ciudadanos y que vamos á habérmolas con esclavos.—Ahora, el que no quiera correr la suerte de César, libre es de abandonarlo.

No hubo mas que un grito para contestar á aquel discurso:

—Partamos!

Ocho dias despues, sin víveres, sin máquinas de guerra, con solo veinticinco ó treinta mil hombres, sin esperar las tropas á quienes habia dado cita en Bríndis, César se embarcó en una cincuentena de buques que prometió volver á enviar para recoger

los veinte mil hombres que dejaba detrás, y pasando por medio de la inmensa escuadra de Bíbulo, fué á desembarcar en una inmensa playa desierta cerca de Apolonia, en un punto rodeado de rocas, pues todos los puertos estaban en poder de los pompeyanos.

Iba con veinticinco mil hombres á atacar á ciento cincuenta mil!

Entretanto sus legiones, salidas de las orillas del Segre, habian atravesado la Narbonense y la Galia trasalpina, pasado por Roma como por una etapa ordinaria, y tomando la vía Appia se dirigian hácia Bríndis murmurando:

—¿Hasta dónde quiere conducirnos este hombre? ¿Cuánto tiempo piensa arrastrarnos de este modo detrás de él? ¿Cuándo pondrá fin á nuestros trabajos? ¿Acaso cree que tenemos piés de acero y cuerpos de hierro para llevarnos sin descanso de un extremo á otro del mundo, del Este al Oeste, del Norte al Mediodía, del Oriente al Occidente? Pues hasta el hierro y el acero se gastan con los golpes que dan y que reciben. Las mismas corazas y las mismas espadas necesitan descanso, aquellas para que resistan y estas para que no se mellen. César, viendo nuestras heridas, debia pensar que manda hombres mortales y que no podemos soportar fatigas superiores á la humanidad. Hasta los mismos dioses se cansarian haciendo lo que nosotros hacemos. Cualquiera

diría, al ver la rapidez de su marcha, que huye del enemigo en lugar de perseguirlo. Basta! César! basta!

Y, desalentados, los desdichados se sentaban en la orilla del camino, contestando con movimientos de cabeza á las exhortaciones de sus gefes.

¿No os parece, lectores, oír las quejas de aquellos veteranos que Napoleón impelia sin cesar del Nilo al Danubio y del Manzanares al Volga?

Pero cuando los soldados de César llegaron á Brindis y vieron que aquel había partido sin ellos, se volvieron hácia sus gefes y llorando de cólera:

—Vuestra es la culpa, les dijeron, si no le hemos acompañado. Era preciso apresurar nuestra marcha en vez de dejarnos descansar como cobardes y perezosos. Ah! Somos unos miserables, pues hemos abandonado á nuestro general!

Y como les dijese que los cincuenta buques que llevaban á Grecia á César y sus compañeros debían volver allí á buscarlos, fueron á sentarse sobre el acantilado de la costa, á fin de ver desde mas lejos blanquear las velas en el horizonte.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

LOS GRANDES HOMBRES

EN BATA

POR

ALEJANDRO DUMAS

—
CESAR

TOMO III

Edición del Monitor.



MEXICO

Imprenta de V. G. Torres, á cargo de M. Escudero

CALLE DE SAN JUAN DE LETRAN NUM. 3

1870